

**CÓMO HACER PARA QUE EL
“DIÁLOGO DE SABERES”
NO SEA SÓLO UNA TEORÍA**

Foto: Steve Cagan

Gonzalo M. de la Torre Guerrero





1. PARTAMOS DE LA EXPERIENCIA, ANTES QUE DE LA TEORÍA

La misión encomendada a esta ponencia es la de decir algo sobre posibles nuevas estrategias para diseños curriculares, a partir del encuentro de saberes. El hecho de que el punto de partida sea el del diálogo de saberes, nos coloca necesariamente en el campo de la experiencia. A ella queremos recurrir, partiendo de la historia que hemos ido construyendo los Misioneros Claretianos, en estos cien años de compromiso evangelizador en el departamento del Chocó. Creo, sin posición de falsa humildad, que se trata de una experiencia normal de Iglesia que, sin embargo, ha tenido cierto relieve histórico, en razón del territorio en el que se construyó: las marginadas y aún indescifrables selvas del Chocó.

En este momento, la experiencia nos dice que no nos detengamos a probar la multiétnicidad y pluriculturalidad de Colombia y del Chocó. Basta abrir los ojos para verlas, basta mirar nuestras propias pieles y, sobre todo nuestras conciencias, resultados impresionantes de procesos culturales innegables: cuántas veces bajo una piel blanca se esconde una conciencia indígena o negra. Y a cuántos silencios y a cuántos enfrentamientos e iras interiores nos vemos sometidos cuando no reconocemos ni en los otros ni en nosotros mismos este hecho innegable de Colombia: su multiétnicidad y su pluriculturalidad. Somos algo más que lo que nuestras propias pieles nos dicen. Somos una Colombia aún no descifrada y por eso aún no reconocida.

Nuestra experiencia pertenece a una extraña región llamada Chocó

Nuestra historia misionera en Colombia, que tiene mucho de educativa, comenzó en el Chocó. Por eso vale la pena que contextualicemos esta

Esta conferencia fue elaborada con motivo del seminario sobre Diálogo de Saberes, convocado por la Universidad Autónoma de Occidente de Cali, realizado el 13 de noviembre de 2007



experiencia, hablando un poco de esta realidad. De esta manera, al ubicar histórica y geográficamente lo que queremos decir, nuestro aporte adquiere su pleno sentido.

La unidad territorial étnica y cultural que hoy se conoce en Colombia como departamento del Chocó, data de los tiempos precoloniales, cuando grupos indígenas Chocó, Citará y Kuna, entre otros, ocupaban de manera dispersa una vasta zona que comprendía costas en los océanos Atlántico y Pacífico, desde el actual territorio de la República de Panamá hasta lo que es hoy el departamento del Valle del Cauca.

A finales del siglo XVII, para seguir aprovechando sus inmensas riquezas minerales, los colonizadores trajeron al Chocó población negra como mano de obra esclava. Ésta, en el proceso de producción de la cultura afroamericana, poblaría -más tarde, cuando se decreta la abolición de la esclavitud en 1851- de manera completamente autónoma, todo el territorio que ya habitaba, originando la mayor concentración étnica y cultural afroamericana de Colombia.

Parte activa del sistema colonial de la fase independista, del período republicano, de la modernidad y de la reconstrucción nacional del s. XX, el Chocó deviene históricamente en territorio marginado, convertido por el poder dominante en cada período, en fuente inagotable de materias primas para la producción nacional, sin ningún beneficio o reversión hacia su interior, imprimiéndole así un carácter de enclave económico, dentro de la formación social colombiana.

Sin embargo, los pueblos negros e indígenas reproducen sus culturas y organizan sistemas de producción en el marco de la subsistencia, lo cual evita su extinción y le comunica identidad. Con esto, indígenas y afrodescendientes ejercen resistencia al modelo integracionista de la sociedad dominante, conformándose y estructurándose como unidad étnico-cultural claramente diferenciable dentro del país colombiano.

Tales condiciones históricas concretas llevan al Chocó a aparecer hoy como la región más atrasada del País, en condiciones de postración y dependencia en todos los niveles: económicamente identificada por el mismo Gobierno como la zona de mayor índice de pobreza absoluta y de necesidades básicas insatisfechas y carente de perspectivas de verdadero desarrollo; políticamente

botín de las más corruptas prácticas bipartidistas de clientelismo y caciquismo electorero; e ideológicamente desconocida su identidad cultural afrochocoana e indígena.

El Chocó, en estas condiciones, llega hoy a la realidad de una nueva colonización, por parte del capitalismo nacional y transnacional que, en nombre de un desarrollo que sólo reproduce el capital, sin ningún beneficio para la población, ha puesto los ojos en el Pacífico colombiano, que está en venta al mejor postor, a través del conjunto de proyectos y megaproyectos denominados Plan del Pacífico, que no es más que la reedición de la invasión y depredación practicada en la región durante los períodos históricos anteriores. Los afrodescendientes e indígenas, en el mejor de los casos, terminarán siendo sólo peones y siervos en su propia tierra.

Los afrochocoanos y los indígenas han sido condenados a plegarse servilmente a este nuevo exabrupto, so pena de desaparecer física y culturalmente, en un nuevo etnocidio, que desconoce los más elementales derechos de estos pueblos, negando su existencia y su alteridad, asimilándolos a un factor más de producción para el beneficio de los dueños del capital.

Frente a tan atroz e inhumano panorama, se ha levantado la voz del movimiento popular regional y nacional, que reclama y lucha por el reconocimiento de la propiedad sobre su territorio tradicional, concepto que presupone el derecho total a la autonomía y a la autodeterminación de negros e indígenas. Sin embargo, la avanzada del capital, con sus consecuencias económicas, políticas e ideológico-culturales de muerte, parecen inatajables, ante lo cual se impone un proceso de lucha y resistencia mucho más organizado y unitario, para impedir que se inicien otros quinientos años de colonización en el Chocó y, en general, en todo el Pacífico colombiano.

Ante esta realidad y pese a los disparates históricos consumados, de los que habrá que pedir siempre perdón, la Iglesia del Chocó y de una manera especial la de la Diócesis de Quibdó, está queriendo renovar su compromiso y su opción por los empobrecidos del Chocó, por los rostros afroamericanos e indígenas de la marginación, rostros que son vendidos aún por los propios coterráneos de la clase politiquera. Una pastoral étnica integral, que verdaderamente quiera dar respuestas concretas y adecuadas a tan grave problemática, debe estar en consonancia con los intereses de los pueblos, correr su misma suerte, para construir permanentemente con ellos esa verdad que hará cada vez más sabia



a la cultura, sencillamente porque dirá en cada momento la mejor verdad que le dará vida.

Por ello no hay derecho a que aún se continúe en ciertos círculos, de una manera descontextualizada, desgastándose en discusiones acerca de la validez de una etnoeducación que es clamada a gritos por los crucificados de esta tierra choacoana, mientras el círculo de la muerte continúa ampliándose y cerrándose en torno a la vida de los afroamericanos, los indígenas y los mestizos empobrecidos del Chocó.

Hay unos interrogantes que merecen ser respondidos.

En esta breve comunicación de experiencias que vamos a tener, partimos del hecho FUCLA, es decir, de la existencia de la “Fundación Universitaria Claretiana”. Por eso, como punto de partida, nos preguntamos: ¿Por qué esta pequeña Fundación Universitaria comenzó su existencia oficial con un foro sobre “Territorio y Educación”? ¿Por qué quiere expresamente centrarse en el territorio? ¿Por qué esta pequeña Universidad nace en la selva? ¿Por qué queremos que esta Fundación Universitaria llegue de una manera especial al Pacífico colombiano, o a las zonas y ciudades donde hay presencia significativa del mundo afrodescendiente, o de las culturas marginadas y excluidas?

Dediquémosle unos minutos a la tradición oral y escuchemos un cuento.

La respuesta a todos estos interrogantes es ésta: se trata de la culminación de un proceso que tuvo su comienzo hace cien años. Para entrar en el juego de la tradición oral, base del diálogo intercultural de saberes, permítanme que les cuente un cuento, que trata de remontarse a la edad que tienen los Claretianos en el Chocó.

Érase una vez un muchacho joven, que decidió reunirse con otros compañeros, con la chifladura de ayudar a otras personas. Estudió para ello, se preparó espiritualmente y esperaba con ansiedad que le encomendaran alguna tarea.

Una noche el compañero mayor le dijo: mañana saldrás para un lugar muy remoto. Tendrás que cruzar el mar durante muchos días, después tendrás que internarte en la selva, navegar por ríos y quebradas, recorrer bosques y ciénagas, visitar caseríos y veredas, hasta encontrar a tres hermanas: una de

color cobrizo, otra de color negro y la tercera de color blanco. Lo que se oye de estas tres mujeres es que son muy necesitadas, pero a la vez muy hermosas; muy abiertas al diálogo, pero al mismo tiempo muy seductoras. Es cierto que debes acercarte a ellas, conocerlas, dialogarles, quererlas y ayudarlas para que vivan en plenitud su dignidad. Pero tu principal tarea es vestir a la india desnuda y enseñarle tu religión y tu lengua, sin mirarle sus senos; a la negra debes hacerla menos sensual y más cristiana, sin mirarle sus labios y sus caderas; y a la mestiza debes hacerla más emprendedora y respaldar sus iniciativas de progreso, sin ser presa de sus ojos que hechizan. No lo olvides: no te puedes enamorar de ninguna de ellas, porque te tendrías que quedar para siempre en su tierra y ya no podrías volver a tu patria. ¿Entendido? Quiérelas pero sin enamorarte. Te espera una tarea dura: mujeres que tocan el corazón, que seducen el alma y embrujan todo tu ser. ¡Ah! Y llévate estos tres libros, para que ellos alimenten tu conciencia y te orienten en los casos de necesidad...

El joven partió, recorrió los mil caminos antes descritos y, efectivamente, encontró a las tres seductoras muchachas. Para saber qué hacer, abrió el primer libro (el de las tradiciones éticas de su grupo) y allí encontró que se le decía: “No mirarás nunca el rostro de una mujer”... Tomó el otro libro (el de la doctrina cristiana) y leyó: “guárdate del trato cercano de una mujer, porque terminarás pecando con ella”... Finalmente, abrió el tercer libro (el de las Sagradas Escrituras) y allí encontró lo siguiente: “Dios hizo al hombre y a la mujer, macho y hembra los creó, a su imagen y semejanza los hizo”... Y más adelante, ese mismo libro decía: “y te unirás a la mujer y formarás un solo ser con ella”... Cuando se encontraba con las tres hermanas, estos dos últimos mensajes eran su guía principal, sin afanarse por las primeras. Por eso, se acercó a las tres doncellas y miró sus rostros y sus cuerpos, sin temores; y supo descubrir en ellas la imagen de Dios y dialogó con ellas día y noche, y se hizo conocer de ellas y llegó hasta conocer su misma alma. Pasaron días y noches, aguaceros y soles, amaneceres y atardeceres y, por su puesto, nació el enamoramiento y también brotaron las ganas de desposarlas a las tres.

El problema era con cuál de las tres hermanas se quedaría. En estas cavilaciones se encontraba, cuando una noche se le apareció el hada madrina de los bosques choacoanos y le dijo: te has enamorado de tres hermanas y no sabes con quien quedarte. Como sé que las amas a las tres, te voy a hacer este regalo: cuando estés con la india tendrás cuerpo y alma de indio, cuando estés con la negra serás negro en tu cuerpo y en tu conciencia y cuando estés con la mestiza, mestizo serás hasta tus tuétanos. Y nunca morirás. Pero, cuando



dejes de amar a una de ellas, te quedarás con tus pasiones, que angustiarán tu alma hasta el final. Y terminarás muriendo.

¿Qué ocurrió, a partir de aquí? Que el alma de la india, en su cuerpo desnudo, lo encantó... que el alma de la negra, revelado en sus labios y en su cuerpo sensual, lo embrujó; y que el alma de la mestiza, transparentada en sus ojos vivarachos, lo hechizó. Y él se quedó para siempre en la selva, siendo indio, negro y mestizo. Si alguien va a los bosques chocoanos, encontrará que siempre hay alguien que ama a fondo, dialoga de corazón y da la cara por indígenas, negros y mestizos. ¡Ah! Y quiero añadir que la felicidad lo ha acompañado siempre, a pesar de la pobreza. Y remato confesando que, en esos lejanos bosques chocoanos, han nacido ganas de luchar por un futuro más digno, más justo y más humano.

Interpretemos religiosamente el cuento, que deja de ser cuento para convertirse en historia

Cuando yo narré este cuento por primera vez, una autoridad eclesial no estuvo muy de acuerdo y tuve que darle la interpretación del cuento: el joven enamorado es cada uno de los miembros de mi comunidad misionera claretiana que hace cien años viene recorriendo las selvas del Chocó, entregándole a esta tierra, una tras otra, multitud de vidas en plenitud. Las tres hermanas son las tres etnias que componen la territorialidad chocoana: indígenas, afrodescendientes y mestizos. Los tres libros son las tradiciones éticas de la comunidad, las tradiciones morales de la religión cristiana y la Biblia, ese libro extraordinario que sabe cambiar la conciencia de quien lo lee con sinceridad, convirtiendo en tarea el sistema incluyente de Jesús, su opción por los empobrecidos y su visión de fraternidad, igualdad y solidaridad.

Hay tres mujeres que llaman la atención: la india de busto desnudo, la negra de labios y cuerpo sensual y la mestiza de ojos vivos seductores. En la cultura bíblica, no sólo la mujer representa con frecuencia al pueblo, sino que el mismo Dios llega a enamorarse del mismo, como si lo hiciera con una mujer de carne y hueso. Dios dialoga con ella (con él), y le da besos y le hace el amor por seis veces, como nos lo cuentan el libro del Cantar de los Cantares y algunos libros proféticos.

En nuestro cuento, el papel simbólico de cada una de las tres mujeres se convierte en una gran verdad. La mujer indígena desnuda es el pueblo indígena



Foto: Steve Cagan



simple, sencillo, descomplicado, no acumulador, de tal desprendimiento que todos sus haberes suelen caber muchas veces en una catanga o cesta grande de hiraca. La mujer negra de labios y cuerpo sensuales nos lleva al pueblo afrodescendiente, fuerte, resistente, de cuerpos atractivos que han llenado nuestra América de un nuevo componente de vida, de ritmo y de danza, de música y de alegría. La mujer de ojos atrayentes y vivarachos nos lleva a la etnia mestiza, avispada, emprendedora, negociante, buscadora permanente de medios de producción y de comercio. Estas tres etnias -estas tres mujeres- son los sujetos posibles de diálogo en nuestra realidad histórica chococana. A los tres hay que conocer, con los tres hay que dialogar y a los tres hay que amar con todo el corazón.

El diálogo de experiencias convertidas en saberes lleva al enamoramiento y al compromiso hasta llegar al desposorio espiritual con cada etnia. Conocer, fascinarse, enamorarse y comprometerse con la historia y la cultura de cada pueblo se convierte en finalidad. La propia etnia se relativiza, deja de ser dominante, para transformarse en ofrenda abierta para que toda cultura beba de sus posibles valores. Así mismo, el propio corazón y la propia alma se abren y se dejan penetrar de las otras culturas. Se establece así el diálogo más hondo posible que desemboca en lo que místicamente se llama matrimonio espiritual.

Sólo quien se atreve a realizar esta clase de experiencia intercultural sabe su valor: la infinita alegría que proporciona dar y recibir valores, amar y sentirse amado, luchar juntos por causas justas, ser adoptado como hijo de otra etnia y hacer propia otra historia y otra cultura, hasta sentir amor y dolor por lo que le ocurra, como si fuera el propio pueblo. A partir de esta realidad, ya no hay necesidad de retornar a la propia tierra, porque los nuevos amores satisfacen ese inmenso vacío que se siente cuando se está en tierra ajena.

Finalmente, el amante enamorado no es una sola persona. En nuestro cuento una representa a centenares. Son muchas las personas las que han entregado y entregan su vida, unas al servicio de las etnias indígenas, otros al servicio de las etnias afrodescendientes y otros al servicio de las etnias mestizas. Por eso, en nuestro cuento, se da el hecho de poderse enamorar de esas tres mujeres que seducen a su modo: son tres historias que construyen una gran historia: son las tres mujeres indígena, afrodescendiente y mestiza que aún hoy nos siguen culturalmente enamorando, y de qué manera. Con esta interpretación, nuestro cuento se convierte en alegoría que supera toda interpretación literal.

Interpretemos educativamente el cuento, que deja de ser cuento para convertirse en pedagogía.

El sistema educativo tradicional nos acostumbró a encerrarnos en cuatro paredes, en aulas, salones, laboratorios y bibliotecas que definen el “campus” universitario. Todo estudiante siente orgullo de pertenecer a este ámbito, cuidado con esmero por las directivas de la educación superior.

No son muchas las universidades que se definen por tener presencia en lugares marginados, ahí donde se encuentran esas tres mujeres que caracterizan nuestra realidad colombiana de marginación y exclusión: el mundo indígena, el afrodescendiente y el mestizo.

También nuestro sistema educativo tiene sus libros propios: leyes, decretos y códigos intocables. Así mismo sus reglamentos internos en los que predomina lo disciplinario. Muy pocas veces le hacemos caso a ese otro libro de la vida, el que abre caminos de liberación y de verdadera atención al pueblo, el que nos da libertad para vivir los procesos educativos como verdadera realidad de amor.

Sin embargo, también en el campo de la educación se dan esas experiencias maravillosas de cercanía al pueblo, de educadores que prefieren abandonar sus sitios de poder y establecer intercambio de saberes con otras culturas, en donde todos salen enriquecidos. Cuántas veces esta educación tiene que optar por separarse de la oficialidad, con las consecuencias consabidas, para poder sobrevivir.

Esta cercanía al pueblo y a sus etnias marginadas, debería ser lo que caracterice a los Centros Regionales de Educación Superior CERES, espacios creados para entrar en contacto con lo excluido por el sistema. Un CERES no puede ser definido como un campus universitario. Es más bien el sitio del encuentro y del enamoramiento con el pueblo marginal y excluido, con los presupuestos y la libertad de manejo que esto conlleva. Creo que un verdadero CERES debe ser una institución en permanente construcción, en cambio y adaptación constantes, en apertura máxima donde todas las ofertas quepan. Desde el momento en que lo demos por construido, corre el peligro de convertirse en algo intocable y en el instante en que estrechemos sus puertas, para satisfacer determinados intereses, le estaremos negando al pueblo posibilidades de nuevos y mayores amores.



2. LA TEORÍA DEL DIÁLOGO DE SABERES

Cada cultura tiene un saber propio que se constituye en su mayor valor cultural.

La historia es la encargada de llenar de sabiduría a cada pueblo. El hecho de que un grupo humano perdure en la historia significa que dicho pueblo tiene tal acumulado de saberes que ha podido no sólo sobrevivir, sino que ha construido pensamiento propio con el que ha sabido enfrentarse a la historia y que, por eso mismo, termina siendo un patrimonio para la humanidad. Cuando queremos averiguar por las raíces de la cultura de un pueblo, los especialistas nos hacen recorrer un camino que parte del exterior, hasta llegar al interior o a la misma conciencia del grupo. Es decir, se parte de su modo de actuar en los diferentes campos de su vida (económico, político, ideológico y cultural), de aquí se pasa al tipo de relaciones que construye, de estas relaciones se penetra en su modo de ser interior, de aquí se llega a los principios éticos que lo orientan, para finalmente reposar en el campo de la conciencia, donde están las definiciones que, en última instancia, son la fuente de toda su actuación y por lo mismo, de la cultura. Por consiguiente, la cultura -el saber concreto de un pueblo- tiene estos componentes: parte de las definiciones que un grupo tiene, estas definiciones generan sus principios éticos, éstos a su vez generan su modo de ser y, finalmente, éste genera su modo de actuar, el cual es el que nos seduce o nos choca, el que aceptamos o rechazamos, creyendo que la cultura sólo consiste en los usos y costumbres que se ven y olvidándonos que ella tiene un largo proceso que se alimenta, en definitiva, del mundo interior de las definiciones que el grupo construye y reconstruye permanentemente, de forma evolutiva.

Estas definiciones interiores, fruto de la historia que se ha ido tejiendo plurisecularmente, es lo que gobierna su modo de ser, de portarse, de relacionarse y de crear expresiones simbólicas aceptables o rechazables. Por ejemplo, según la definición que una etnia tenga de las grandes realidades de su historia, vgr. de Dios, de la religión, de la mujer, del varón, del amor, del cuerpo, de la naturaleza, de la vida, de la muerte, etc. etc., así mismo establece sus relaciones con dichas realidades. Si llega a cambiar sus definiciones, también sus relaciones y sus expresiones simbólicas cambian. La fuerza y el valor de un pueblo está en las definiciones que crea su conciencia y que al mismo tiempo la realimentan.

Todo pueblo, según el tipo de historia que haya vivido, tiene a su haber un acervo propio de definiciones, es decir, de cultura. Ninguna etnia define de la misma manera la misma realidad. Ningún pueblo, por poner un ejemplo, define de igual manera a Dios, a la mujer, al varón, a la naturaleza, etc. Todo esto nos lleva a valorar aún al pueblo más pequeño, como una fuente única e irreplicable de cultura. Ésta es la gran riqueza de la humanidad: el propio saber que cada etnia y cada cultura le aportan a ese fondo común que se llama la conciencia humana. Ésta es la razón por lo cual la desaparición de un grupo étnico, por pequeño que sea, es una pérdida irreparable para la humanidad. Es una enciclopedia de saberes que se pierde para siempre.

Los elementos que definen la propia cultura.

Sin embargo, los saberes de las etnias no están hechos para perderse, sino para crecer, para evolucionar, desde aquí, para enriquecer a otros. Por eso vale la pena que suspendamos, por un momento, nuestro cuento y su doble interpretación (misionera y pedagógica) y nos acerquemos a la ciencia antropológica. Todo grupo humano tiene su propia historia y es a partir de la misma como cada etnia construye su propia cultura. Como detrás del presente histórico se encuentra siempre un pasado, la cultura que se construye cuenta siempre con una herencia que garantiza la existencia de determinados valores. Nadie nace desprotegido de cultura. La cultura heredada es su protección. Pero el ser humano, por su cualidad de racional, es consciente de su propia dimensión: de lo que tiene y de lo que le hace falta, de lo que no debe perder y de lo que aún debe lograr para mejorar su condición. Por eso, al mismo tiempo que defiende su pasado, se abre desde su presente a un futuro lleno de sorpresas y de opciones.

Es precisamente en esta apertura donde se da la posibilidad de un verdadero diálogo de saberes. Si las culturas se encuentran con mutuo reconocimiento y con respeto, si investigan y estudian los valores ajenos y los propios, si no imponen sus propios criterios sobre la otra cultura, aparecerá, como un enriquecimiento mutuo, el verdadero intercambio de saberes. En este mutuo conocimiento y reconocimiento se puede llegar hasta el enamoramiento y la unidad vital en toda suerte de proyectos.

Sin embargo, en esta apertura cultural, o posible encuentro de culturas, hay un peligro: que una de ellas se sienta superior a la otra, o que vea en ella alguna amenaza y trate de dominarla, o que descubra alguna utilidad y trate de aprovecharse.



En el panorama cultural -a veces encuentro y a veces desencuentro de culturas- aplicable a todas las etnias existentes, se hallan estas dos realidades: los elementos culturales propios y los elementos culturales ajenos. Cada cultura se siente dueña de lo suyo y lo valora y lo defiende porque es su patrimonio histórico. Aquí está la raíz del mutuo respeto cultural, ya que se trata de un derecho inalienable de cada cultura. Mientras el derecho que defendemos para nuestra propia cultura no se lo reconozcamos a la otra, no habrá posibilidad de un diálogo de saberes.

La tendencia a dominar culturalmente y a no dejarse dominar.

La historia sería otra si a lo largo de los siglos hubiéramos tenido en cuenta el anterior principio de igualdad de derechos. Pero desgraciadamente no ha sido así. Todas las culturas, por la tendencia humana a acaparar y dominar, tienen la propensión a imponerse sobre otras culturas.

Cuando esto se hace contra la voluntad o la decisión de la otra cultura, nace un saber impuesto y, por lo mismo, irrespetuoso. Aquí no hay diálogo de saberes, sino imposición. Es lo que ordinariamente se ha hecho desde la educación oficial, que no tiene en cuenta a las culturas minoritarias en la configuración de sus currículos. Éstas tienen que aceptar lo que se les imponga, así no tenga que ver nada con su vida, su historia o su cultura.

De esta forma, los Proyectos de Etnodesarrollo de que hablan las comunidades afrodescendientes y los Planes de Vida de que hablan las comunidades indígenas van por un camino, mientras la educación que se les imparte va por otro, terminando la educación superior por ser una imposición y no un diálogo.

Cuando se habla de diálogo, no debe haber imposición.

En el panorama cultural, existen elementos culturales propios y elementos culturales ajenos, como existe una historia del propio grupo y otras historias que pertenecen a otros grupos. En el contacto de unos y otros aparece la interculturalidad, o posibilidades de acercamiento que, para que no hagan daño, deberían ser gobernadas por la propia decisión de las culturas. Cuando una cultura decide acercarse a la otra o acepta que la otra se le acerque, es cuando se producen los verdaderos y mejores productos de **interculturalidad**. El correcto diálogo de saberes está, pues, en la sabia combinación de cultura

propia y decisión propia. Cuando la cultura propia (el saber, la educación, la religión, las expresiones artísticas, etc.) es manejada por las decisiones del propio grupo, se da la existencia de una cultura autónoma, es decir, la propia cultura es manejada por el propio grupo. En el caso concreto de la educación, esto suele darse en los grupos culturalmente hegemónicos, que proponen y deciden siempre en beneficio propio, pero no a favor de los grupos o etnias minoritarios, a quienes se les impone lo que otros deciden. El verdadero diálogo de saberes pide que, frente a las culturas minoritarias, deberían existir propuestas y no imposiciones. Una propuesta es siempre para ser examinada, con el riesgo de no ser aceptada; más aún, con la posibilidad de obtener como respuesta una propuesta diferente.

Pero también puede suceder que la cultura propia se abra voluntariamente a la influencia de otra cultura; en este caso se da el fenómeno de una cultura apropiada (un saber, una educación, una religión, una expresión artística, etc.). Es decir, una propuesta voluntariamente aceptada. En esta situación, funciona la libre decisión, la capacidad de apertura y de aceptación del grupo cultural que así lo decide.

Pero, cuando una cultura impone por la fuerza contactos o acercamientos, sin contar con la otra cultura, aunque sin la intención de destruirla o anularla, de todas maneras sin el necesario diálogo, entonces los efectos no son los deseados, pues se produce una cultura alienada. En este caso la cultura va perdiendo lentamente su identidad, su fuerza, su atractivo, para convertirse en pieza de museo, de diversión de turistas, de encuentros, de foros, pero ya no es algo vivido, sentido por el pueblo. Es lo que se aprende en academias, pero no en las casas, calles y plazas de los barrios.

Finalmente, el engrimiento o los intereses de la cultura dominante llegan a tanto que, sin miramientos, se vuelve agresiva e irrespetuosa contra la cultura minoritaria que encuentra en su camino y trata de dominarla, imponiéndose por la violencia de los hechos o, lo que es más grave, por la fuerza de las leyes. En este caso el resultado es el de una cultura impuesta, que además de venir de fuera, de ser ajena, logra imponerse por su propia decisión, sin tener en cuenta diálogo alguno. Es el resultado del irrespeto cultural. Aquí no estamos lejos de los procesos que históricamente ha seguido el Estado colombiano que, a estas alturas del siglo XXI, aún no se ha tomado la molestia, en el campo de la educación, de tener en cuenta a las etnias que constituyen su realidad, de dialogar con ellas y de respetarlas. No ha sabido construir una patria en la riqueza del



pluralismo cultural. Quizás por eso aún no hemos encontrado el camino para construir una paz social estable. No hemos tenido en cuenta a la educación como factor de paz. Seguimos haciendo de ella, por su falta de diálogo y de reconocimiento pluricultural, un instrumento de dominación y, por lo mismo, de germen permanente de no entendimiento, de ofensa de sentimientos, de falta de reconocimiento del papel de la historia en los procesos sociales.

La tan cacareada “etnoeducación” aún es una teoría en nuestra patria. En el mejor de los casos, hemos confundido etnoeducación con cátedra indígena o cátedra afrocolombiana. Nos estamos volviendo eruditos en historia indígena y afrocolombiana. Pero en esto no consiste la etnoeducación. Vivir la etnoeducación es sentarse con las comunidades indígenas, negras y mestizas a escucharlas, a reconocer y valorar sus saberes y a que ellas hagan en unión con el gobierno y con las IES unos diseños curriculares que tengan en cuenta la pluralidad étnica y cultural.

3. EL DIÁLOGO DE SABERES SE DEBE CONCRETAR EN HECHOS DE VIDA, A PARTIR DEL RECONOCIMIENTO, LA DEFENSA Y LA CONSTRUCCIÓN PERMANENTE DE UN TERRITORIO PROPIO

La seducción del mundo indígena y el diálogo de saberes que esto significa.

El mundo indígena, descrito desde la belleza de una india desnuda, es la simplicidad de una cultura despojada que, como ya lo dijimos, sus haberes caben en una catanga o canasto de hiraca. No es una cultura acaparadora, porque no necesita serlo para sobrevivir, porque ha entendido que se puede sobrevivir sin destruir la naturaleza, porque tiene un sistema económico comunitario. Una etnia a la que las luchas por su libertad, el tiempo con sus transformaciones y los procesos indiscriminados de aculturación le han hecho mucho daño. Culturas y vidas destinadas a enriquecer el patrimonio universal fueron eliminadas, con mentiras históricas atroces. Todo para quedarse con sus bienes y sus tierras. Hoy estos hermanos luchan por sobrevivir, siendo los más pobres entre los pobres. Sus territorios son amenazados; su salud y su educación propia no son apoyadas; sus planes de vida son considerados utopías irrealizables. Las políticas nacionalistas buscan integrar estas culturas a las respectivas nacionalidades.

Hoy hemos olvidado que ser indígena es amor a la naturaleza, sencillez de vida, sabiduría milenaria, espiritualidad sin artificios, gran sentido comunitario,



Foto: Steve Cagan



amor y lucha por el territorio y resistencia a no morir. Sus planes de vida son contrarios al sucio capitalismo que carcome a la cultura occidental. Su vida, más que ninguna otra etnia, está pendiente de su derecho a un territorio propio. Ellos, que fueron los dueños de toda América, ahora se encuentran luchando a muerte para que les respeten o les asignen las pocas hectáreas que necesitan para vivir. Ésta es la razón por la cual la Fundación Universitaria Claretiana (FUCLA), en un convenio con la Asociación de Cabildos Indígenas OREWA y el INCODER, se está comprometiendo, en este momento, a luchar por la creación de diez resguardos indígenas y la actualización de otros treinta.

El mundo afrodescendiente también nos ofrece su propio saber, lleno de riqueza histórica.

Aproximadamente fueron doce millones de negros y negras traídos del África a nuestra América. Muchos de ellos murieron antes de llegar, entre enfermedades, malos tratos y suicidios. Fueron vendidos como esclavos y tratados como animales. Sólo se valoraba su capacidad de trabajo. Se les obligó a renunciar a sus idiomas, creencias y valores originarios. Tuvieron que tomar la religión de sus amos.

Sin embargo, construyeron un mundo simbólico propio, adaptado a América, su nueva y definitiva patria. La codicia de sus amos los esparció por América, donde hoy son fuerza y propuesta de cultura, resistencia, trabajo, sabiduría y alternativa en educación, salud y desarrollo.

No se debe olvidar la historia de ignominia vivida por los afrodescendientes. Esclavos en un mundo cristiano, sólo fueron liberados cuando dejaron de ser negocio. Hoy están amenazados por la pérdida de sus territorios, de los cuales son expulsados con la tolerancia y aprobación de los gobiernos de turno.

Los que somos y nos sentimos afrodescendientes debemos conservar la memoria del pasado, para no repetirla en el presente neoliberal en el que nos han embarcado.

En la oferta de diálogo que el mundo afrodescendiente nos ofrece, destacamos su capacidad de reconstruir sus mundos simbólicos, cuando aconteció su traída forzosa a América. A pesar de que sus religiones, sus lenguas y sus símbolos fueron cortados de tajo, para darle paso a la religión, la lengua y el

mundo simbólico de los amos, tuvieron la capacidad de no morir ni física ni culturalmente, creando un nuevo modo de ser, de pensar y de creer al que hoy llamamos “afroamericano”, que encierra estas tres cosas: un mundo original africano que no ha muerto, una relectura del mundo de los amos que incorpora a su ser y un acto de creatividad que se realiza en una tierra llamada América. Esta genialidad, este inmenso acto creativo es el que trata de recoger la palabra “afroamericano”, (o “afrocolombiano”, o “afrochocano”, o “afrovalluno” etc.), en donde se indica un origen (el de África), y una recreación (la del continente Americano), para que en una sola palabra queden recogidas esas dos realidades que incorpora y sabe llevar con orgullo todo legítimo afrodescendiente. Ésta es una de las razones por la cual vale la pena sentirse y confesarse afroamericano. En esta palabra se expresa un valioso y hermosos diálogo intercultural, entre lo africano, lo europeo y lo indígena, pero en el “territorio” de nuestra América.

El mundo mestizo, su saber histórico y el diálogo que nos ofrece.

El mundo mestizo tiene también su propia seducción. Donde pisa sabe también arraigarse. Su horizonte es llenarlo todo, es convertir en propio lo que no lo era, es saber poner la mirada donde hay posibilidades de vida y de progreso, es sacarle ventaja a las circunstancias más difíciles, es enamorarse lo mismo de una indígena que de una afrodescendiente, es saber montar negocios, trabajar a destajo y lograr que todos recurran a su tienda. Es poner en práctica sin complejos su mundo religioso, su mundo simbólico, sus principios éticos y su práctica moral, a ratos exagerada, a ratos fanática, y a ratos también contradictoria y libre, con peligro siempre del libertinaje. Sus intereses suelen ser tan marcados que la violencia aflora con facilidad, cuando alguien se atreve a tocarlos.

Por lo mismo, con este mundo tan lleno de riquezas y de contradicciones, es necesario también dialogar, so pena de construir peligrosamente en falso, cualquier sistema educativo.

Qué hacer frente a estos tres mundos simbólicos tan diferentes.

Hay un hecho que los Claretianos nunca olvidaremos, porque lo vivieron nuestros mayores y de alguna manera aún lo estamos viviendo sus descendientes. Cuando la Santa Sede y el gobierno colombiano le solicitaron a los Misioneros Claretianos que asumieran la evangelización del Departamento



del Chocó, nos señalaron una tarea muy concreta: cristianizar a indios y negros y educarlos en los deberes religiosos y cívicos, a fin de que se incorporaran a la nacionalidad colombiana, que está dominada por la tercera etnia: la mestiza.

Hubo un tiempo, ya un poco lejano, en el que los claretianos mostrábamos con orgullo fotografías de indígenas que recibían clases de lengua castellana y escribían en el tablero esta aparentemente inocente frase: “Colombia es mi patria”. Sólo los indígenas y los negros saben lo que esto significaba para sus respectivas culturas: mientras se les imponía la cultura dominante de la patria, se iba logrando, despacio pero certeramente, la pérdida de sus valores propios, de su propia espiritualidad, de su propia lengua, de su propio pensamiento, de sus mundos simbólicos, de sus costumbres y tradiciones, prácticamente se fraguaba la renuncia de su propio pasado. ¿Y, a qué se parece un grupo humano sin pasado? Se parece a un cadáver ambulante o a una hoja al viento, que cualquier otro grupo recoge y se la apropia. Es decir, los claretianos traíamos el encargo oficial de irrespetar las culturas indígenas nativas y la cultura afroamericana que estaba en proceso de afianzamiento

Pero, a lo largo de la historia, sucedió otra cosa. Le hicimos más caso al Evangelio que a las tradiciones moralistas de las propias instituciones religiosas y a los criterios de la cultura hegemónica liderada por los diferentes gobiernos. Y así, resultó que nos mandaron a acabar con la lengua indígena y terminamos escribiendo gramáticas y diccionarios indígenas. Nos mandaron a incorporar indígenas y afrodescendientes a la nacionalidad colombiana y terminamos proponiéndoles organizaciones propias (La OREWA y la COCOMACIA) y acompañándolos en sus respectivos procesos, a todo costo. Nos mandaron a menospreciar estas culturas nativas y terminamos rescatando mitos indígenas y alabaos afrodescendientes y escribiendo y haciendo poesía a partir de los símbolos de sus culturas. En cuanto a la Iglesia, nos mandaron a implantar la cultura romana y terminamos proponiendo y practicando una inculturación y una etnopastoral abiertas a las tres etnias que configuran nuestra realidad: indígenas, afrodescendientes y mestizos.

Creo que ahora sí podemos entender por qué nuestra pequeña IES, denominada FUCLA, partió del territorio. Es en el territorio donde se juegan la vida las etnias minoritarias. El territorio es algo más que la tierra. Es un espacio vital de diálogo con todos los seres de la creación y con los espíritus o energías que las gobiernan. Allí establecemos las relaciones más vitales, allí nos acompañan, nos aconsejan y nos guían nuestros ancestros y allí es donde



Foto: Steve Cagan



se construye historia y cultura. Allí es donde deberíamos sentarnos todas las IES para dialogar, porque allí es donde se produce el más genuino encuentro de saberes, ese que en teoría tanto buscamos.

CONCLUSIONES

Según todo lo anterior, ¿cuáles serían las nuevas estrategias para llegar a un encuentro o diálogo de saberes?

1. Demos reconocimiento a las etnias minoritarias como sujetos de diálogo. Mientras no les reconozcamos su dignidad y su capacidad de diálogo, las consideraremos como menores de edad. Aquí es necesario abrir el corazón para que otros quepan. La mayoría de edad es un derecho de todas las etnias.
2. Reconozcamos los saberes ancestrales de las otras etnias y estemos convencidos de que podemos aprender de su inmensa riqueza cultural. Aquí es necesario abrir nuestra conciencia, para poder llegar a comprender a la cultura diversa.
3. Tengamos en cuenta sus propios contextos históricos y culturales, diferentes a los de la cultura hegemónica colombiana, pero no por eso inferiores.
4. Acerquémonos a los Planes de Vida de las comunidades indígenas y a los Planes de Etnodesarrollo de las comunidades afrocolombianas. Aquí hay una cantera inmensa de experiencias y de propuestas que enriquecerían a las IES más exigentes y, desde luego, a toda la Patria.
5. Tratemos de penetrar en el alma de las etnias minoritarias, conociendo y asimilando sus definiciones y sus esquemas simbólicos. Sólo quien las conozca llega a comprender a fondo su cultura.
6. Superemos la presión que la ley ejerce sobre nuestras conciencias y que impide este diálogo de saberes. Debemos recurrir con libertad al espíritu de la ley, no a su letra, y hacer el esfuerzo de proponer nuevas leyes. No olvidemos que los CERES hacen parte de la estructura educativa oficial y que, si lo quieren y se lo proponen, pueden influir en las esferas de decisión oficiales.
7. Recordemos que en Colombia está aprobada, por ley, la etnoeducación. Ésta consiste esencialmente en el diálogo de saberes. El problema es que no nos atrevemos a vivir, con todas sus consecuencias, este diálogo (esta etnoeducación). Tenemos temor de que nuestros sistemas oficiales y tradicionales se nos compliquen.
8. Todo lo anterior se convierte en palabrería, si nosotros mismos no nos proponemos hacer un quiebre mental en nuestro propio modo de pensar y de programar. Muchas veces dejamos de hacer las cosas porque no sacamos

tiempo para ello. Conocer a la otra cultura, dialogar con ella, requiere tiempo, dedicación, estudio, comprensión. En las IES no estamos acostumbrados a dialogar sino a exigir el cumplimiento de reglamentos. Dialogar, cuando se sabe hacer, no quita autoridad. En realidad, no es que no sepamos qué hacer frente a las etnias minoritarias, no es muy difícil saberlo. El problema es que no lo queremos hacer por las implicaciones que ello conlleva.

9. Por favor, digámosle un no rotundo al saber presumido que quiere dominar al saber de otras culturas, convirtiendo nuestras propuestas en imposición, o haciendo de las otras culturas una alienación. Y, al mismo tiempo, digámosle un sí rotundo a que el saber propio de las culturas sea autónomo y que, en caso de diálogo, sea un saber verdaderamente “apropiado”.
10. Y para terminar, convirtamos la educación en factor de paz. El dialogo de saberes es un gran medio para ello. Reconocer lo pluricultural y lo multiétnico lleva a la paz, ya que genera diálogo, apertura, respeto. No reconocerlo demuestra cerrazón y exclusión del otro, lo cual no siempre es aceptado por el otro. Y esto es precisamente lo que lleva a la guerra: la reivindicación de un derecho que no ha sido reconocido y concedido pacíficamente.

Nunca vayan a creer que nuestra pequeña IES –FUCLA– es ya un modelo de diálogo de saberes. Como muchos y muchas de ustedes, apenas tenemos el propósito de serlo. Creemos que la comprensión, el dialogo y el apoyo de todos es lo que hace posible una tarea de tanta trascendencia. ¡Ah! y no se olviden del cuento de las tres mujeres tentadoras, porque también ellas los esperan a ustedes, con ganas inmensas de desposorio.